

EL CENTENARIO DE LOTI

P o r H E N R I B O R D E A U X

De la Academia Francesa

TAN sólo el amor ha sido quien me ha atado de una manera poco duradera a ciertos lugares de la tierra», ha escrito Pierre Loti en *Reflexiones en el exilio*. Me recuerdo del hechizo que derramaba sobre «ciertos lugares de la Tierra»: Aziyadé, El matrimonio de Loti, La Novela de un Sphai, Pescador de Islandia, Ramuntcho. Salvo el Extremo Oriente he recorrido esos paisajes que él había hechizado y yo me sentía por doquier tentado de experimentar ese voluptuoso pateísmo que Platón, Espinoza y Schelling no alcanza más que por razonamientos sutiles y donde el artista llega a abandonarse a sus sensaciones.

De Bucarest, viniendo de Constanza, pequeño puerto rumano del Mar Negro, hoy día puerto importante, desembarqué en Constantinopla, a final de 1913. Pero ya no era el tiempo de Aziyadé, era el tiempo de las *Desencantadas*, donde se había pensado mistificar a Loti.

¿Quiere usted encontrar una *Desencantada*?—me había preguntado Mr. Boppe, que era entonces nuestro primer Secretario en la Embajada y uno de los diplomáticos mejor informados en cosas relacionadas con el Oriente. Había escrito una excelente obra sobre los pintores orientalistas y, ayudado por su encantadora mu-

jer, recibía maravillosamente a los franceses de paso. Desde entonces, destinado durante la guerra de 1914 a la Legación de Servia, tomó parte, con un sencillo valor y una fuerza de alma irreductible, en la trágica retirada de los servios, después fué nombrado Ministro en China, donde debía morir prematuramente.

Una ola feminista había invadido en esta época a Turquía. Las mujeres se agitaban en sus harenes, reclamando más libertad. Pierre Loti las había llamado las *Desencantadas*. Sin embargo, uno u otro marido, indulgente o inteligente, consentía en llevar con ellas una vida casi europea. De esta manera se las podía encontrar en cualquier lunch: llegaban tapadas, pero quitándose el velo en el interior de la casa. Una rubia circasiana se me había aparecido de este modo en casa de los Boppe, en toda la esplendidez de su belleza. Desde entonces, es con sus rasgos, que me imagino a la Aziyadé de Loti.

Aziyadé es la languidez del Oriente, es todo su encanto dorado. «Mi alma te pertenece, Loti —le dijo ella—, tú eres mi Dios, mi hermano, mi amigo, mi amante; cuando hayas partido, será el fin de Aziyadé; sus ojos se cerrarán, Aziyadé morirá...» Sí, Aziyadé morirá para él cuando haya dejado el Oriente. En el país de Aziyadé el cielo es siempre puro y el sol siempre cálido. ¿Acaso no ha soñado morar con ella hasta que la muerte mezcle sus restos? Al menos, ella ha hecho juramento de volver. Y diez años más tarde vuelve. Desde el momento en que ha puesto el pie sobre la tierra del Islam, el amor perdido de Aziyadé vuelve a tomar posesión de su memoria. Le basta volver a ver este mar, estas calles, estas casas, estas mujeres que pasan, para volver a encontrar su corazón de antaño, porque estas cosas que sus ojos miran tienen algo en sí de Aziyadé. Diez años sobre un destino humano parecen el cambio y el olvido, y, sin embargo, son suficientes a veces un paisaje, un perfume, una palabra, para barrer diez años y traernos los espejismos del pasado tan equívocos como los del deseo. La pequeña Aziyadé ha muerto realmente; se la han llevado un atardecer de primavera. Pertenece ya a la tierra, y sobre su tumba la hierba crece.

¡Pero cuán distinta fué ella de esta tierra de Oriente!

Fatou-Gaye es la pesada bestialidad del Sudán; Madame Chrysanthème, la gracia menuda del Japón; Gaud, la resignación orgullosa y melancólica de la Bretaña. A los quince años Graciosa tiene todo el esplendor de los hermosos días del país vasco, y la limpidez de los ríos pirenaicos, y también lo agreste de la montaña. Por la tarde ella permanece largo tiempo sentada sobre un banco de piedra delante de la casa. Inmóvil y soñadora, casi se mezcla con la noche, que se impregna del perfume de los jardines. Es allí donde Ramuntcho viene a reunirse con ella. Con la chaqueta echada sobre el hombro, surge como una aparición.

Ella le dice, asustada de su audacia: «¿Por qué vienes?» Y más tarde, cuando se va, murmura como una plegaria: «¿Volverás mañana?»

A sus heroínas, Loti no atribuye más que sentimientos espontáneos. Su corazón es sencillo, sin complicaciones ni sutilezas. Verlas es conocerlas. Son fáciles de comprender, incluso aunque hablen en otro idioma. Sus ojos no mienten, ni sus labios, ni mejillas, que una sangre pura aviva. Representan una raza en su lozanía. Llevan en el rostro y en el andar todo el encanto especial de un país. Aunque no hagan más que aparecer y desaparecer, arrojan un hechizo sobre una región de la tierra.

* * *

En «La tercera juventud de Madame Prune», Pierre Loti cuenta uno de estos idilios vanos y patéticos que el hombre en su edad caduca teme y desea al mismo tiempo como para intentar querer todavía en su juventud. Va a reunirse al pie de una montaña, en un bosque de cedros que un viejo muro encierra, con una joven, Inamoto, «flor de pagoda y de cementerio», nada más que por el placer inocente de una escalada romántica y de una compañía delicada y tierna en un viejo parque abandonado. Y cuando la deja para siempre, mientras el sol poniente proyecta sus oblicuos rayos de oro a través de los árboles, él se vuelve hacia ese paisaje

del que ella fué el alma: algo le agita que no es el amor, que es más doloroso que el amor, y es toda la melancolía del corazón que siente la soledad, de los ojos que ven de antemano el instante en que las jóvenes ya no se volverán para mirarlo.

Como el amor resumía para él el encanto de toda una región de la tierra, la huída de las cosas ha simbolizado la huída de las horas. Desde el puente del navío, desde donde escudriña la costa que se aleja, asiste directamente a la muerte parcial de su juventud. Algunos días, algunos meses, algunos años desaparecen detrás de esta nueva estela y caen para siempre en la nada. Y este derrumbamiento definitivo le devuelve esta conciencia personal que intentaba olvidar abandonándose a la naturaleza. Es, en él, una sensación casi física del deslizamiento irresistible y rápido que conduce a la muerte.

El peregrino de Angkor resume por un grito infinito de piedad la angustia de Loti; no conozco nada más triste en su humildad y deseo de paz que esta aceptación del fin.

* * *

Durante mi permanencia en Constantinopla me han mostrado —cerca de la mezquita de Eyoub, la más santa de todas las mezquitas, donde se ha conservado la espada del profeta—, en el cementerio vecino, la tumba de Aziyadé, o más bien, el emplazamiento sagrado donde dicen que reposan sus restos mortales. Está muy lejos de ser probable, ya que la leyenda se habrá apoderado de la novela. Allí estará, quizá, sepultada la que fué el gran amor de Loti. Pero al pasar por Dakar, veinte años más tarde, viajando con el diario íntimo publicado por su hijo con el título de «Un joven oficial pobre», he encontrado algunas frases en las que se trata de una mujer de Ginebra o de la Saboya, cuyo marido ocupaba un alto cargo en la administración colonial, que abandonaba la colonia para volver a Europa, y de la que Pierre Loti estuvo enamorado en su primer viaje. Más tarde escribirá, hablando de Aziyadé: «He amado más que a ella a otra mujer, a quien no



tengo ahora el derecho de ver.» De ésta no hablará nunca más. Es un misterio en esta vida tan llena de revelaciones.

El arte, para él, ha sido un medio de perdurar. Escribir es combatir la muerte, es inmovilizar nuestra existencia en marcha. Diríase que ha utilizado la gloria para sobrevivirse. La gloria es el ser conocido y amado del mayor número posible de seres humanos, es perpetuarse en algún modo más allá de la tumba. Un poco de su vida flotará en la vida de sus amigos desconocidos. Llevará, gracias a ellos, una existencia incierta y diseminada, inmaterial, pero real. Para éstos, y más aun para sí mismo, había narrado su infancia, sus amores, su corazón. Había salvado del olvido sus intimidades más sanas, y este supremo instinto de conservación justifica ciertas confidencias de «Novela de un niño» y «Libro de la piedad y del amor». Pero las confidencias no son siempre completas, y después de un cuarto de siglo la gloria está maltrecha.

